



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9471

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 27 DE MAYO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 81, y J. Jonas, Faubourg Montmartre, 81.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingrertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legajos.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, rematos y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CORREA.—PUERTA DE MURCIA.

ECOS DE MADRID.

25 de Mayo de 1893.

—Todos los días perdices, es demasiada felicidad! cuentan que decía Fernando VII. Y esto mismo expresa con su silencio y su indiferentismo nuestro amado país, como si parodiando al monarca de triste y célebre recordación exclamara en medio del hastío político:

—Todos los días oradores elocuentes es demasiada ventura!

Habrán observado los lectores, que en efecto, las discusiones parlamentarias se resentían de falta de atmósfera. Es necesario sesiones permanentes para abrir el apetito; de lo contrario los más succulentos platos obligan á hacer gestos de indisplicencia no ya al público que asiste como espectador al banquete, sino á los mismos comensales que toman parte en el político festín.

Como enyejece todo en este mundo! Tienen razón los que piden como único remedio contra el marasmo el completo abandono de los viejos. La pasta es siempre igual. Pero la forma de presentarnos esta pasta, debe variar, so pena de que los cocineros que la preparan se quedán en rústica.

Lo que sucede es que por regla general los que dirigen la cosa pública, no llegan á empuñar la batuta hasta que peinan canas ó ne tienen nada que peinar, y como es natural recuerdan las costumbres de sus buenos tiempos, se obstinan en creer que son inmejorables y no practican en la esfera de la política gubernamental lo que inconscientemente ó por coquetería hacen en la de la indumentaria contemporánea.

A buen seguro que ni el más anciano de los prohombres deja de consultar en casa de su sastre el tí-

timo figurín, ni se subleva contra las prescripciones de la Moda en el ornato de su casa ni en el capítulo de las costumbres sociales.

¿Quien es capaz de vestir hoy como vestía el melifluido y elegante Martínez de la Rosa? ¿Quien se atreve á adoptar aquel alto corbatin que parecía servir de plato á la cabeza? Y sin embargo los que se someten al capricho del sastre, del sombrerero, del peluquero y de todos los ejecutores de la voluntad de la Moda, se obstinan en hacer política como se hacía cuando usaban las damas trajes como los que hoy ostentará, sin observar que la novedad es la indispensable salsa hasta de los flambres que han quedado del festín de la víspera.

Basten estas ligeras indicaciones para explicar la indiferencia del público, ante las crisis gubernamentales y ante los dimes y diretes de los partidos.

¿Quien se preocupa de esto, ante la perspectiva de la próxima corrida en que el gran Lagartijo se despedirá de Madrid?

Que se van dos ó tres ministros de los que más valen! Buen viaje. Para dulcificar nuestra pesadumbre ahí está el inolvidable Frascuelo que volverá á vestirse de torero y hará los honores á su rival de tiempos mejores.

La cuestión de la Hacienda! Muy importante; si por cierto, importantísima. Pero ¿quien se preocupa de la fortuna pública, cuando los frontones en todo su apogeo permiten á la fortuna privada saborear las sabrosas emociones de la ganancia ó desesperarse ante la pérdida?

No hay más que pasear por la calle de Alcalá las tardes de los domingos para convencerse de que al menos Madrid es una población en la que rebotan la alegría y la felicidad. A los toros!

No hay más que acercarse á los sitios donde se expenden los billetes para el *Jai Alai* ó *Fiesta Alegre*. ¿Qué cola! Allí todas las clases sociales se apiñan ávidas de poseer el billete que les otorgará el derecho de pasar la tarde pidiendo las satisfacciones del *momio* á los azares de la pelota!

¿Que un joven de veinte años se pega un pistoletazo! ¿Que una agraciada moza de diez y ocho abríles se arroja á un patio desde un quinto piso! Bah! ¡pobres muchachos! No han sabido vivir. Se les entierra y eiga la fiesta!

Que las economías dejan á multitud de familias en la miseria! Que apesar de los asilos continúan calles, plazas y paseos llenos de mendigos! ¿Que ocurren quiebras como la de Villodas y se venden en públicas subastas restos de casas tan opulentas como la de Osuna! ¿Quien se para en estos detalles? A la Castellana á ver el desfile en las tardes en que se celebran Carreras de Caballos! Al Parque de Madrid todas las tardes para ver los lujosos trenes, los magníficos trajes de las damas! La superfluo nos ofrece un Madrid rico, feliz... El fondo... ¿pero para qué escudriñar el fondo? La verdad la conocen los escribanos y los jueces en lo que se refiere á las

clases acomodadas. En cuanto al pueblo, no hay más que preguntar á los que en los puestos de la pradera de San Isidro están aun esperando compradores.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA.

JUANITO Y PEPITO PEREZ

Dibujos de Mecachis

Un año había cumplido Juanito cuando el autor de sus días, infiel á la memoria de su esposa muerta, contrajo nuevas nupcias con una buena moza, y á los nueve meses justos tuvo Juanito un hermano que se llamó José. La madre de éste había tenido borrascosas relaciones con el que al fin fue su marido, antes de que se casara con la madre de Juanito. Por casarse con ésta dejó plantada á la otra, y aunque luego viudo, se casó con ella, no perdonó la esposa segunda á la primera, sin que aplacaran sus rencores la muerte de su antecesora y la posesión, aunque tardía, de su antiguo novio.

Y como era una mujer vulgar, muy guapezona, pero de poco entendimiento y menguado corazón, hizo objeto de su rencor, ya que había desaparecido su rival, al hijo inocente de la que valió más que ella.

Juanito fue tratado cruelmente por su madrastra, y creció sin que para él hubiera una palabra amorosa ni una tierna caricia; más abandonado y triste que si hubiera tenido la desgracia de ser criado en un asilo de caridad. El padre estaba completamente dominado por su segunda mujer. Había sido tirano de la primera, que fué siempre dulce y sumisa, y vino á ser esclavo de la segunda, que era una furia. Dólfale que ésta detestara á Juanito, pero no tuvo energía para defenderle.



El hijo de la primera esposa fué enviado á la escuela municipal gratuita; el de la segunda tuvo profesores en casa; pero aquél aprendió más pronto y mejor que este, y al mismo tiempo que Pepito escribía unas letras desiguales y feas y ponía los más disparatados errores é incurria en las faltas ortográficas más garrafales, Juanito hacía la clásica redondilla española á la perfección y su letra inglesa obra parecía de práctico y habilísimo calígrafo más que de un niño de ocho años. Y en toda materia, lo mismo en aritmética que en prosodia, en historia, que en geografía, dejaba muy atrás el desdeñado Juanito al mimado y consentido Pepito. Y esta circunstancia, sin el ejemplo y el consejo de la airada madrastra, hubiera bastado para que Pepito, que era hijo de tal madre, le aborreciera.

Nueve años tenía Juanito y ocho y poco Pepito, cuando el autor de las dos criaturas tuvo un percance en la Bolsa que le dejó arruinado por completo, y como era un hombre pusilánime, le faltó fortaleza para soportar la desgracia, y cayó en tal postración, que sólo sobrevivió al golpe de la suerte quince días.

Quedó, pues, Juanito en la miseria. La viuda tenía algo por su parte, pero no era su alma capaz de hacer partícipe de su hacienda al hijo de la primera esposa del difunto. Un hermano de éste, empleado antiguo de poco sueldo, hombre modesto y bondadoso, se hizo cargo de Juanito, y aunque le faltaban recursos le sobraba buena voluntad; y prosiguió la educación del chico, enamorado de su docilidad, de su buen corazón y de su precoz inteligencia. Juanito amó entrañablemente á su tío y se halló muy ricamente en aquella pobreza, mucho mejor que en la holgura de la casa de su padre. Quince años tenía y diariamente acompañaba á su tío á la oficina, y gracias al buen concepto que éste digno empleado gozaba y á la bondad del jefe, obtuvo el huérfano un nombramiento de escribiente meritorio sin sueldo, que en aquel tiempo no se habían suprimido todos estos destinos de entrada en la administración pública.



Juanito estuvo cinco años sin sueldo, haciendo su aprendizaje de oficinista, con tanto aprovechamiento que llegó á ser indispensable y muy valiosa y útil su cooperación. A los cinco años de trabajar gratis tuvo sueldo, cuatro mil reales anuales y una paga extraordinaria por Navidad. Entre tanto su hermano, á quien no veía hacía mucho tiempo, como que ni su madrastra ni Pepito habían vuelto á acordarse de él, estudiaba en la Universidad y perdía curso tras curso, pero en compensación de su mala fama de estudiante la tenía muy notable de rebelde, osado y revolucionario, tomando parte principal en todos los motines y asonadas que por entonces menudeaban en Madrid.

Juanito se enamoró de una muchacha muy guapa que le puso buena cara, como que la ofreció casarse con ella, obrando en esto poco ligera mente, porque la chica era algo coquetilla y voluble, pero sabido es que el amor ofusca y obscurece los más claros entendimientos... Porsuerte para Juanito, antes de que ya no tuviera remedio el daño, descubrió la falsía de la chica bonita, adquiriendo la evidencia de que ésta le engañaba como á un chino, y tenía otro amante que, por estar mejor acomodado que él, le parecía sin duda, más conveniente... ¿Y quién era este amante?... Pues el propio hermano de Juanito Pérez, el calavera Pepito Pérez Cardillo...

Mucho le dolió el desengaño, y á fe que si hubiera sido otro el galán, Juanito, que no tenía nada de cobarde, no habría quedado satisfecho sin emprenderla con él á bofetadas, ya que no podía dárselas á la despreciable coqueta; pero como había de acometer á su hermano?... Lamentó haber perdido el tiempo y derrochado el tesoro de amor de su buen corazón, y volvió á engolfarse en los expedientes de su oficina, procurando olvidar á la mujer inicuá y al hermano indigno.

Y pasaron años y obtuvo lentamente ascensos en su carrera, aunque no todos los que merecía, y por más que hubo repetidos cambios de jefes y de personal subalterno, sus buenos servicios le valieron para no sufrir daño en estos cambios.

Juanito se casó. Había muerto su tío y no se hallaba bien solo ni encontró patrona de huéspedes que le sirviera á su gusto. Se casó con una buena muchacha pobrísima, y fue feliz en su nuevo estado y padre prolífico; pues á los nueve meses tuvo dos hijos, y á los veintinueve otro, y á los tres años ya tenía tres, y á los seis cinco; de suerte que se vió y se deseó para poder cumplir sus obligaciones con el escaso sueldo de diez mil reales y teniendo que mantener siempre amas de cría y pagar medicinas y médicos, y el pobre, haciendo milagros económicos que no los hubiera sabido hacer el mismísimo Gamazo, pudo ir tirando, como decía su mujer, trabajosamente, y criando á los angelitos que alegraban su hogar.

Juanito iba á la oficina á las horas de despacho y á las extraordinarias que él mismo se imponía, y atento á su trabajo ni se enteraba de las cosas políticas, ni leía periódicos, ni frecuentaba cafés y círculos, por lo que se hallaba en la más completa ignorancia de cuanto pasaba en el mundo.

Solamente le preocupaba la salud de sus hijos y de su mujer, que, aunque estaba delicaducha, todavía tuvo fuerzas para echar de una vez al mundo otros dos vástagos, con los que completó Juanito, según decía jovialmente, los siete



peados capitales en casa. Gracias que este suceso coincidió con su ascenso á doce mil reales.

Por alguna que otra frase suelta que, sin prestar atención, oía en su oficina supo que la cosa pública se hallaba no poco revuelta, que entraban y salían Ministerios y que todos los empleados vivían en ascuas, temiendo que estas continuas mudanzas les afectaran gravemente. En verdad, él no participaba de tales temores, porque sabía que todos publicaban su honradez y su competencia; y tenía la convicción, aunque no era inmodesto, de que aquella oficina no podía marchar sin él, que sabía la historia de todos los expedientes y tenía en la memoria el Alcubilla, y conocía los antecedentes de todos los asuntos, y no había Real decreto ni Real orden de que no pudiera dar instantáneamente razón, con todos sus pechos y señales. Era imposible reemplazar un empleado tan experto y bien enterado por uno nuevo.

Entre tanto, Pepito Pérez, á quien Juanito no había vuelto á ver hacía muchos años, había aprovechado perfectamente sus raras condiciones de osadía y poca aprensión, y no habiendo podido concluir ninguna carrera, se había dedicado á la política, que es oficio en que no se necesita estudiar más que mucha mundología. El hombre se había ingeniado de tal suerte, metiéndose sin reparo alguno en los altos círculos políticos, que un Ministro candido le regaló un acta de diputado por Puerto Rico, y fue al Congreso á vociferar palabras huecas, y de la noche á la mañana se encontró Ministro, habiendo contribuido poderosamente á derribar al inocente que, regalándole el acta, creyó obligarle á eterna gratitud.

Juanito supo que el nuevo Ministro se llamaba Pérez Cardillo, pero no le ocurrió que fuera su hermano. Todo el mundo